

Temporal en la playa de la desembocadura del Guadalhorce. 19/12/2007.

Un cielo encapotado gris plomizo amenazante de lluvia parecía aliado con un mar embravecido por el temporal. No había dos metros de la superficie de sus aguas que estuviera en calma. La visión de éste era como mirar una consecución de cordilleras: sus olas alineadas, pero a la vez revueltas, eran como cadenas de montañas con sus picos, sus tajos; aguas en vertical cuyas crestas se rompían desplomándose en mil espumas sobre las profundas depresiones. Era como ver una "mini-orogénesis" acuática a cámara rápida.



En medio de tan aparente caos aparecían y desaparecían las siluetas de cuatro Negrones comunes (*Melanitta nigra*) en aparente tranquilidad, si uno era capaz de aislar la imagen de estas cuatro aves en uno de los instantes en que aparecían era como si estuvieran nadando en un mar en calma, nada que ver con la pura realidad en la que más que nadar parecían que cabalgaban sobre las olas de este "tiovivo" marino que se extendía a todo lo que abarcaba nuestra vista. Las oscuras siluetas de estas aves sólo desaparecían bajo las aguas cuando alguna de las olas, justo ya delante de ellas, se había transformado en una pared vertical de agua y a punto de desplomarse sobre sus cuerpos, los Negrones decidían sumergirse. No era fácil volver a localizarlos, pues apenas estaban visibles unos instantes, no porque se sumergieran constantemente, sino porque esta mar de hoy se empeñaba en no mostrar a sus ocupantes, ocultándolos tras su fuerte oleaje.

A lo lejos, sobre las aguas, aparece alguna Pardela (*Puffinus sp.*). Hoy muestran su vuelo en todo su esplendor, haciendo amplios arcos, parecen jugar con las olas y el viento, perdiéndose entre las primeras ayudados por el segundo, para aparecer de nuevo más allá describiendo un nuevo y elegante abanico aéreo. Apenas vemos su silueta, pero seguramente sean Pardelas baleares (*Puffinus mauretanicus*).

Un Págalo grande (*Stercorarius skua*): plumaje sombrío, ventanas blancas en el nacimiento de las primarias, pechera bien aparente,... en vuelo potente y casi rectilíneo en el que en algunos momentos sobrevuela "valles", siendo tragado por los mismos y apareciendo de nuevo sobrevolando "crestas" de esta ya citada "mini-orogénesis" acuática que transcurre a ras suya mientras avanza.

Este mar hoy no quiere quedarse solo en lo que abarcan sus aguas, quiere ir más allá. Hoy con especial avaricia, lame, besa, una y otra vez la playa, gracias a las olas que dan la vida por él en un último impulso, rompen sus aguas sobre las arenas ya tranquilas en un efímero y sosegado paseo. Como si una fina sábana fueran, van extendiéndose, abrigando la playa, hasta que su aliento se agota, se consume, desaparece, transformándose en una sombra de brillos que se bate en retirada.



Mas esta mar aún cuenta con un aliado que le hará llegar más allá, un compinche, un eterno compañero: el viento. Éste, a cada romper de olas, secuestra, toma prestada parte de la humedad de la misma y, a modo de pequeña bruma, se adentra mucho más allá de donde llegan las olas y en forma de una finísima lluvia horizontal que, lo mismo que el mar, avanza en oleadas perfectamente perceptibles a la vista, se adentra sobre la playa y más allá, tierra adentro, impregnando todo lo que se encuentra a su paso, haciendo que el beso salido del mar transforme esta tierra en litoral, bautizada así no sólo por su ubicación a orillas de la mar, si no por la influencia de la misma sobre esta franja de tierra que la hace peculiar y rica. La una depende de la otra y así han creado unos sorprendentes paisajes: playas, marismas, dunas, acantilados,... sobre los cuales viven infinidad de especies que han sabido adaptarse a este medio cambiante y muchas veces hostil, como vemos hoy.

Dos Aguilucho laguneros (*Circus aeruginosus*) descansan posados en la playa a los pies del carrizal que les sirve de cama. Varios ejemplares tienen un dormitorio perdido en medio de este carrizal y todos los atardeceres invernales lo sobrevuelan una y otra vez, cual cometas mecidas por el viento; lanzan sus reclamos al aire hasta que, llegado el momento, se van dejando caer unos y otros en el mismo sitio para allí pasar la noche.

Hoy estas dos aves siguen compitiendo con el viento a pesar de estar posadas, pues las desequilibra, tienen que adoptar una postura agachada inclinando la cabeza y aún así les cuesta mantenerse en pie. Ambas parecen hembras: sus oscuros plumajes están tachonados de crema en los hombros, píleo y mentón, pero no de una manera bien delimitada, sino con rebordes caprichosos. Pronto levantarán el vuelo, pues es ya tarde y buscarán ese rincón donde dormir. Hoy este ejército de carrizos no para de agitarse moviendo sus plumeros, que bien podrían parecer mil pinceles que quieren pintar este cielo, plumizo y gris, de un azul brillante, mas por su interés quizás quieran hacerles cosquillas a las nubes para que éstas rompan en carcajadas de lluvia.

Esta vez no quiero ponerme pesimista, pero somos muchos, miles, millones los que vivimos en esta franja de terreno junto al mar. Asomémosnos, pongámonos en la orilla, mojémonos los pies si queremos, pero miremos la mar de frente durante unos instantes... y ahora démonos la vuelta y volvamos a mirar pero esta vez tierra adentro,... que besa ahora, hoy, esa brisa salina del mar... dónde quedaron esos paisajes sorprendentes, esas formas de vida únicas, enjaulados en cuatro rincones, aunque estos sean de miles de hectáreas, hoy en muchos kilómetros de nuestro litoral ese beso es inerte, choca contra el ladrillo, la hamaca,... o con el periódico del que lee enorgulleciéndose de "qué bonita es nuestra Costa del Sol, qué buen clima tenemos", mientras saborea un café sentado en la terraza de un chiringuito.



Enorgullecamos nosotros, los que amamos la naturaleza, por intuir o saber qué es un verdadero litoral, aunque quizás nunca lo hayamos pisado, pues hoy día uno de los mayores males es la ignorancia. Seremos ignorantes en muchas cosas, muchísimas, pero no en esto, he intentaremos inculcar a los demás estos valores: que la playa es algo más que dónde poner una toalla, una sombrilla y tostarse al sol y que el resto del litoral vale para algo más que para llenarlo de hoteles y construcciones.

La escena de los Negrones en medio del temporal es una de las más bonitas y sorprendentes que he podido contemplar de aves marinas en mi tierra en vivo y en directo, y estaba sucediendo a escasa distancia de muchos de nuestros hogares. Soy un auténtico pesado con esto, pero me vuelvo a repetir en lo mismo: una naturaleza que nos sorprenda no tiene por qué estar distante y momentos de la misma que podemos ser afortunados contemplando, suceden a cada instante. Muchos de ellos habrán sucedido mientras leáis estas líneas, pues la cotidianidad de la misma es lo que nos atrae, pues es el teatro de la vida. Cada día amanece, transcurre y llega la noche, y el siguiente y el siguiente,... para ti y millones de seres vivos y paisajes con los que compartimos este mundo. No dejes pasar tu vida sin saber qué te rodea, hoy la naturaleza quizás es tu vecina, pero ayer fue tu madre, no lo olvides.

Un abrazo, feliz año y al campo, que nos está esperando.
Antonio Tamayo